

CALANDRAJAS

Papeles de Arte, Pensamiento y demás cosas

NUM. 12

TOLEDO

NOVIEMBRE, 1986

Edita: Tertulia Calandrajás - Apartado 247

Al fin, que fue preferida la imperial Toledo, a voto de la Católica Reina, cuando decía que nunca se halla necia sino en esta oficina de personas, taller de la discreción, escuela del buen hablar, toda Corte, Ciudad toda, y más después que la esposa de Madrid le ha chupado las heces, donde aunque entre no duerme la villanía; en otras partes tienen el ingenio en las manos, aquí en el pico, si bien censuraron algunos que sin fondo y que se conocen pocos ingenios toledanos de profundidad y de sustancia. Con todo se mantuvo firme Artemia, diciendo: —Ea, que más dice aquí una mujer en una palabra que en Atenas un filósofo en todo un libro. Vamos a este centro, no tanto material cuanto formal, de España.

(Baltasar Gracián, *El criticón*; Primera parte, Zaragoza, 1651; Crisi X)

HASTA BIEN ENTRADO EL VERANO

Lo que menos deseaba en ese momento era levantarse de la cama e ir al encuentro de ellos, que estarían esperando, mira que mira el reloj a hurtadillas y maldiciendo.

—“Les dije —diría Pedro— que no era de fiar”.

Desde el primer momento supo que estaba atrapado, que desde ese instante nada le pertenecería totalmente. Se sabía una pieza más de un engranaje, la más insignificante pero necesaria, de la que se podría prescindir sólo arrojándola, inservible, en un rincón y suplantarla por otra, tan insignificante como la primera. Lo sabía. Pero ya era tarde para echarse atrás y aun en el caso de que le hubieran brindado la oportunidad, no la hubiera aprovechado: una extraña laxitud se había apoderado de él, dejándolo hueco de toda acción que no fuera programada por todos y medida en todas sus consecuencias, contemplando cada posible eventualidad que pudiera presentarse. La pequeña pieza comenzó entonces a marchar con la precisión de un finísimo reloj; intuía que podría detenerse y la máquina seguir perfectamente sin él: se sentía separado y al mismo tiempo apresado, impulsado por el ritmo de los otros. Y podría continuar así, sincro-

nizado, por años, sin que le costara demasiado. Sólo le molestaban los madrugones.

Le dolía levantarse a las dos de la mañana, en pleno invierno y permanecer durante una hora o dos bajo el rocío, que a esa altura es una llovizna tenue pero persistente, que lo penetra a uno, endureciéndolo; y uno sin poder hacer siquiera una flexión, para no llamar la atención de posibles extraños, mientras ellos descargan los pesados bultos, sin demoras, cuidadosamente, pasándolos de las avionetas a los camiones.

De buena gana, a pesar del duro trabajo, hubiera cambiado su lugar; pero tenía su puesto asignado, su destino de pieza callada y vigilante, rotando de cuando en cuando por los alrededores, lugares desoladoramente descampados. El intenso frío solía afectarle el pecho y él reprimía la tos frenando el impulso agolpado en la garganta. Sentía el gusto a nicotina y sólo atinaba a escupir calladamente, prometiéndose no volver a fumar. Una sola madrugada al descubierto era suficiente para que el frío se le instalase en el pecho hasta bastante avanzado el verano. Sólo eso le molestaba; sin esa molestia podría seguir años y años obedeciendo las mudas señales, captando el más imperceptible de los movimientos, respondiendo a su mismo ritmo, distinto en cada circunstancia.

El tiempo le había enseñado a callar. Los meses de vigilancia (la sensación creciente de que estaba solo en el mundo, en un mundo sin ruidos, donde hasta la noche camina en puntas de pie) lo habían dotado de una increíble percepción: podía penetrar el pensamiento más intrincado con sólo entornar los ojos, como los miopes. Conocía su destino de pequeña pieza; sabía de la desconfianza de Pedro, del odio acumulado en el pecho como el suyo de catarro; de la envidia por hacer un trabajo liviano, mientras él sudaba bajo los pesados bultos: su puesto de vigilante le envidiaba Pedro.

¿Qué otra cosa? ¡Si su pasado —si es que lo tenía— cabía en el hueco de una mano! Vivió para su madre, que nunca pudo reponerse del supremo esfuerzo de traerlo al mundo y cuando ella murió (entre reproches por su vida miserable, porque había tenido que elegir entre el hijo por nacer y el hombre que se iba), se dio cuenta de que estaba solo, que siempre había estado solo.

Empacó sus cosas y se fué. El bar del Chino ocupó su tiempo desde entonces. Primero lavó las copas y los platos, y a su cuidado estuvo toda la limpieza del negocio; luego atendió las mesas silenciosamente, hablando apenas lo indispensable y el Chino lo miraba de reojo. El seguía, callado, eficiente y el Chino lo miraba, hasta que un día lo llamó al cuartito reservado. Le dijo que lo había estado observando, que le tenía asignado un puesto inmejorable: pocas horas y plata grande. Sólo tenía que mirar y callar, callar y mirar. Y él dijo que sí y cumplió bien su cometido. ¡Pero ese frío en el pecho! Eso lo tenía mal. El pecho tronando y el cuerpo helado por otras madrugadas.

Sentía una extraña indolencia que sólo le permitía girar los ojos por el cuarto, con desgano, sin detenerlos en un punto fijo; pero sólo los ojos: no una mano ni un brazo, siquiera para acercar la cobija a la cara entumecida. Si hubiera estado de pie habría concurrido como siempre a su puesto, total casi no sentía el frío: su cuerpo era ya una masa congelada. Pero estaba acostado; y la indolencia llegó hasta debajo de la cobija y de la sábana, envolviéndolo en una modorra sin sueño.

Estaba acostado y seguiría en la misma posición. . . ¿Hasta cuándo?

“Hasta entrado el verano —pensó—, hasta expulsar el último ronquido del pecho, o hasta después, mucho después”.

Y escuchó el ruido pequeño en la puerta, apenas un crujido, casi imperceptible hasta para él, que había aguzado todos los sentidos en la intemperie, que podía reconocer el vuelo de una hoja cayendo de un árbol a una distancia cada vez mayor.

Y vio el picaporte girar sigilosamente y volver a su sitio; un murmullo de llaves en la cerradura y de nuevo el giro pausado del picaporte y la puerta separándose.

Pudo verlo todo por espacio de varios minutos: hubiera sido fácil levantarse y esperar de pie en situación inmejorable. Pero no se movió. Ahogó un ronquido con gusto a nicotina y aguardó su destino de pieza desechable. Por fin Pedro podría suplantarle.

Este pensamiento lo hizo sonreír.

Antonio Aliberti



DIBUJO: HIGUERA

EVOCACION EN EL HORIZONTE DEL QUE SE PERDIO

También le toca a Castilla. Castilla la del sur, la Nueva, la Mancha. Al país árido, duro, yermo y pedregoso. Al gorrón, al yeso, al tomillo. Al llano que se aúpa ondulándose en Toledo, en la Sagra, en Bargas, en Vallecas. Paisaje donde todo es trigo, y acercándose a Madrid todo él es un páramo que espera le caiga un bloque o una fábrica.

También aquí tuvimos un panadero un poco miope, con boina, cara enjuta, con un poco aspecto de viejo hidalgo (con perdón). Imaginador de “romería de los cornudos” o de “formas femeninas para arroyo de juncos”.

Amaba las piedras, sus formas, las encontraba utilidad plástica, eran sus inspiradoras. Le gustaba hacer con ellas nidos para los pájaros. El paisaje le pareció grato y hermoso por su horizonte. Tenía vereda particular por los campos de Vallecas, Valdemoro, Alcalá, de donde iban naciendo sus sentimientos transformados en “macho y hembra entrelazados con espartos y tomillos, bramando como el toro al sol de mediodía en verano”.

Desde su atalaya en el “cerro testigo”, se olvidaba de Madrid para impregnarse del campo de Castilla, del campo de la Sagra, desde donde esculpía el horizonte. Fundó una escuela que se llamó de Vallecas, que para el escultor de harina y poesía tuvo su origen en Toledo. Se dieron la mano en ella los Benjamín, Luis, Gregorio, Francisco, nombres “pelados” que por sí dicen poco, pero cuando se les individualiza como Benjamín Palencia, Luis Castellanos, Gregorio del Olmo o Francisco San José sitúan a nuestro panadero del Quinto Regimiento, escultor, rojo, natural de Toledo y vecino de cualquier lugar de Rusia, en su justa dimensión de vanguardista en la escultura y pintura de Castilla.

Nostálgico desde tan lejos, suave en sus líneas sobrias, salpicadas de sorpresas aisladas y de miste-

rios. Misterios que, como decía él, unos artistas los descifran a medias y “a otros se les estima por su intento”. Y eso intentamos hacer con Alberto Sánchez, tratar de descifrar sus huellas, sus esculturas, y hasta

esa cara anónima de Pascuala, mujer de pueblo, quizás bargueña, condenada a estar quieta y gastar poco en zapatos, siendo por ello feliz.

Ventura Leblic García



EL SER HUMANO, MATERIA PRIMA PARA EL ESCULTOR MANUEL ALVAREZ



Conocer a un artista y su obra es como viajar lejos en el tiempo y en el espacio.

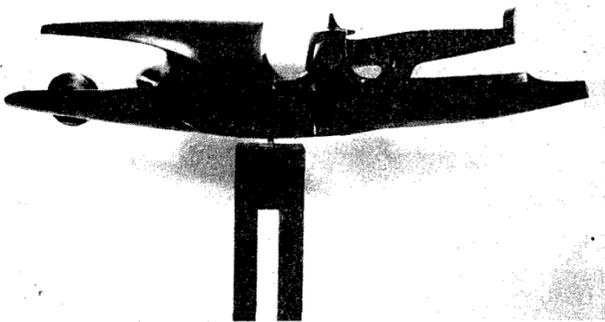
¿Dónde estamos ahora? Simultáneamente, en Sumeria, en las Cícladas, en la Tebas egipcia, en Delfos, en el ibérico Cerro de los Santos. . . Miles de años, miles de kilómetros —lineales, cuadrados, cúbicos— concentrados en el inmenso estudio de Manuel Alvarez, en su mano opresora y liberadora.

Barcelona, atardecer, octubre, 1986. Si en quince escasos años Manuel Alvarez se ha graduado de escultor sensible y poderoso, con credenciales para transitar libremente por las alturas del mundo internacional del Arte, ¿cuál será su ejecutoria cuando, con sus

cinquenta y cinco años y la barba un poco más cana, suenen las campanadas anunciando el comienzo del año 2000?

El surgimiento como espontáneo de Manuel Alvarez cohibe el ánimo, entrecorta la facultad razonadora. Su obra, tan actual, tan viva, parece como si acabara de ser extraída en el curso de un rastreo arqueológico por el fondo del Mediterráneo, desenterrada en unas excavaciones, y que lo que él hace es restaurar las piezas halladas, limpiarlas de pólipos y otras adherencias parásitas.

Es un error óptico. A lo que se dedica Manuel no es a adecantar restos arqueológicos del pasado, sino a



Francotirador, 1982 - Calatorao

crear lo que puede ser la arqueología de un lejano futuro. Aunque el escultor de cantera no piensa en estos fantásticos supuestos, sino en poner al descubierto la intimidad de la piedra y la suya propia, porque la verdad es que se pasa la vida esculpiéndose a sí mismo, manifestando públicamente sus sentimientos.

Manuel Alvarez trata a los materiales que elige "in situ" amorosamente, con delicadeza de joyero. Su *Atenea* (1,20 m.), que se yergue majestuosamente en su particular y extensa sala de exposiciones, ha sido modelada con los mismos toques, le ha sido aplicada igual horma de primor que si se tratara de una miniatura en ónice, material éste que figura en el catálogo de los por él utilizados.

Por cierto, en *Atenea*, y posiblemente en *Bailarín*, se identifica algún que otro rasgo recordatorio del estilo cordialmente incisivo de Alberto, el escultor toledano, uno de los grandes precursores de la escultura moderna —de él dijo Picasso que era el mejor escultor del siglo—, que yace semiolvidado bajo unos cuantos palmos de tierra esponjosa y húmeda en un cementerio de Moscú. Sólo para escultores como Manuel Alvarez, imbuídos de una inquietud investigadora, analistas abiertos a todos los horizontes, Alberto Sánchez es conocido, recordado, admirado.

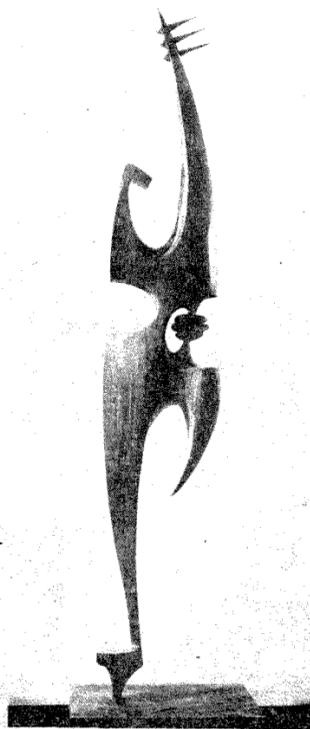
En junio de 1978 expuso Manuel Alvarez en Toledo. Antes lo había hecho en Madrid con memorable éxito. En varias piezas de las que figuraban en aquella exposición, las formas se organizaban y desarrollaban a partir de un óculo, en ocasiones rigurosamente circular, con comunicación luminosa de parte a parte. El rasgo protector de la ceja cerraba el espacio con el saliente inferior de la cuenca; el moteado natural del mármol, no obstante su dispersión e irregularidad distributiva, aportaba un elemento comparable al del iris. Nada de aquello guardaba la menor relación con un ojo. Se trataba, en realidad, de la síntesis de un movimiento gimnástico.

Los cuernos rinocerónticos que aparecían en posición invertida, por lo que no eran tales, exhibidos en Barcelona (Galería Lleonart, febrero-marzo, 1981) y en Madrid (Galería del Cisne, octubre 1981), con títulos tales como *Sueños marinos*, *Espíritu de pájaro*, etc., carecían de toda intención hiriente. Eran como antenas destinadas a establecer contactos físicos, o quizá metafísicos, con objetos afines en algún lugar del espacio. Emitían energía. La generaban en su armonioso seno y la disparaban hacia nadie sabe dónde puede haber algo o alguien en condiciones de captar e interpretar atinadamente el mensaje pacífico que transmitían, tal vez su verdadero y único fin.

No resulta contradictorio afirmar que toda manifestación artística es inquietante por su carácter antinatural, y al mismo tiempo sostener que la contemplación de la obra de Manuel Alvarez traduce la inquietud personal en una especie de sosiego: es un espantapicos de los pajarracos que acostumbran a in-

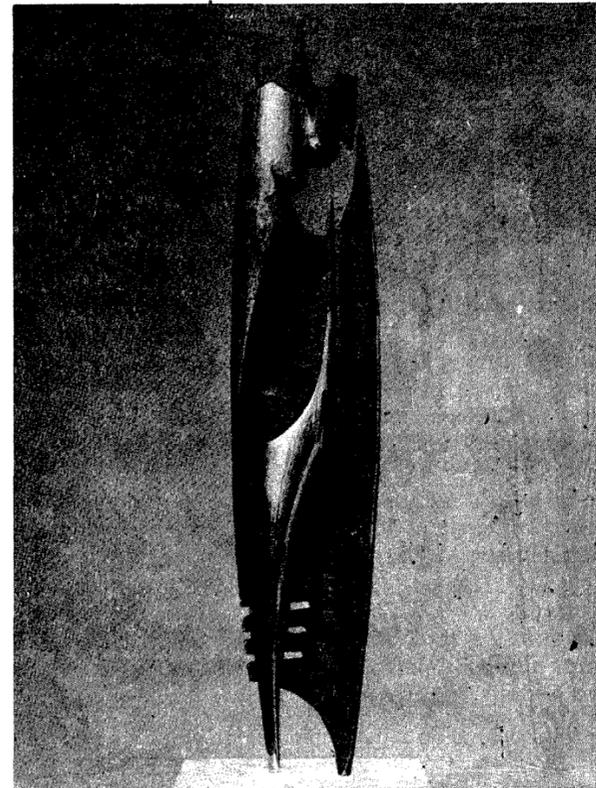
vadir la mente y cebarse en ella con avidez salvaje.

Manuel trabaja sin calendario, sin reloj, con el sol por en medio, pero de luna a luna. Es, en cambio, un trabajador reposado. En esto no se puede ir con prisas. No se trata de encerrarse, así como así, con un bloque de mármol de los que, ignorantes de lo que pueden llevar dentro, sin saber para qué han sido llevados allí, esperan a la intemperie junto a la descomunal escalera que conduce al estudio. El artista trabaja desde fuera, pero en su imaginación lo hace desde la compacta oscuridad de la piedra. La madera y el bronce no imponen tanto respeto. Por lo que al bronce se refiere, algunas de las teóricas exigencias citadas se reducen al máximo o desaparecen. Surge, por el contrario, el problema de los intermediarios: los fundidores, a los que el autor tiene que contagiar su propio entusiasmo, su propia sensibilidad.



Equilibrio, 1982 - Palisandro

Alvarez pivota algunas de sus esculturas sobre un eje, en ocasiones giratorio, con lo cual propicia la multiplicidad de los efectos formales posibles hasta el infinito. El sistema de los múltiples es inferior al de la versatilidad, que él practica. No muchas piezas iguales, sino una sola con muchas posibilidades diferentes. La fórmula es sencilla. Los espacios exentos de materia, las superficies deslizantes, los rebajamientos, los volúmenes fijos, al quedar expuestos a cambiantes intensidades de luz natural o artificial, y en distintas posiciones, dan réplicas que originan visiones nuevas, juegos caleidoscópicos a base de luz y sombra. ¡Qué gran riqueza plástica poseen las sombras interiores de



Atenea, 1984 - Bronce

Figura-caracola y Flautista!

La escultura clásica, incluso no pocas de Moore, tienen muy mermadas muchas de esas cualidades fotocinéticas, si es que este vocablo expresa algo de lo que pretende expresar, o, de otro modo, habrá que inventar uno que lo sustituya dignamente.

Manuel Alvarez no se contiene ante la rareza, el origen y el valor de los materiales con los que trabaja. Paralelamente a la circunstancia de darles formas inéditas, atrevidas, descubre el rubor juvenil con marcas de acné del rosáceo travertino de Irán, el suntuoso negro basáltico de la piedra de Calatorao, el nervio estratificado en gris del mármol de Carrara. El resultado son esas estatuas que incitan al placer casi prohibido de alargar la mano y acariciarlas. Pero su verdadera materia prima la extrae de la inmensa cantera de la Humanidad. Artísticamente, Manuel Alvarez ha rescatado a la figura humana de su viejo estatismo, sintetizándola, dinamizándola, sometiéndola a mutaciones poco menos que biológicas. Su ideal se aproxima al del hombre y la mujer atléticos: el ser humano, en cuerpo y alma, es el objeto de su constante preocupación como persona y como escultor.

De los dos estudios en que trabaja, el italiano en Carrara, envuelto en la atmósfera polvorienta que desprenden las canteras, al parecer, inagotables, o éste de Barcelona, por cuyas ventanas entra el aire enrarecido por los gases que despiden los tubos de escape del tránsito motorizado y las chimeneas de las pocas fábricas que todavía humean, continuará saliendo la asombrosa serie de obras de arte en las que Manuel Alvarez imprime su novísimo y depurado cuño.

Se ha hecho mención del estudio de Barcelona; se ha insinuado su dimensión (unos 800 metros cuadrados), pero no han sido descritos sus antecedentes ni el marco en que está inserto. El arte creativo neto se ha incrustado en un medio aparentemente hostil: el de la industria y la mercadería. Una planta, antes dedicada a la carpintería de productos acrílicos, alberga ahora un taller de escultura. En la penumbra de una habitación aún no del todo desocupada, se insinúan tímidamente, como si quisieran hacerse pasar por obras de Manuel Alvarez, utilitarias formas de máquinas-herramientas oxidadas.

M. Fernández Nieto



UN POEMA DE VERGILIO ALBERTO VIEIRA

BELA BARTOK

BELA BARTOK

*Sem outro assombro
Que o de na água ferir mortalmente
Essa voltagem de estrela
Que a descontínua brancura distanciou
No sangue até ao fim
Desenvolturas lento repete o coração
A terra preso espera Como ninguém
Transige
Um só silêncio consente o peso dos martelos
O surto O tráfego
Fulgores perseguem Assim começa o mar
Entre paisagens táticas
Contra a voragem precede a transparência
Suturações sinfónicas esplende
Esta loucura*

Vergílio Alberto Vieira

*Sem outro assombro
Que o de na água ferir mortalmente
Essa voltagem de estrela
Que a descontínua brancura distanciou
No sangue até ao fim
Desenvolturas lento repete o coração
A terra preso espera Como ninguém
Transige
Um só silêncio consente o peso dos martelos
O surto O tráfego
Fulgores perseguem Assim começa o mar
Entre paisagens táticas
Contra a voragem precede a transparência
Suturações sinfónicas esplende
Esta loucura*

*Sin otro asombro
Que el de herir mortalmente en el agua
Esa tensión de estrella
Que la discontinua blancura distanció
En la sangre hasta el final
Desenvolturas lentamente repite el corazón
Asido a la tierra espera Como nadie
Transige
Un solo silencio consiente el peso de los martillos
La irrupción El tránsito
Fulgores persiguen Así comienza el mar
Entre paisajes callados
Contra la vorágine precede la transparencia
Suturaciones sinfónicas esplende
Esta locura*

(Traducción de Jesús Cobo)

TRES MADRIGALES

I

*Sembrado de ti siento
la hondura del blancor de tus abrazos.
Gemidos desatados
y besos esparcidos en el viento.
Colmado de ti quedo,
de mudas realidades habitado.
Son verdes las nostalgias
en todos los lugares que te alejas.
Mejor la vida toda
que surge en las canciones a la moda.*

II

*Tiene el jardín gladiolos,
y tú lunas radiantes en los ojos.
Perdido en el espacio de tu cuerpo,
presa caí en el cepo
de rubia cabellera entre tus piernas.
Viajando sin permiso por tus venas;
entre los laberintos
de múltiples instintos.
Quise fundar la casa de los sueños
adonde existe el fuego y no los leños.*

III

*Jamás habrá un infierno,
ni duros enrejados por prisiones.
¡Oh noche sin sereno!
Que sueño sin pestañas por visiones.
Azules arrozales,
campos de terciopelo por tu boca.
Pasiones contundentes;
la música en tu cuerpo, toca y toca.
Pensando en vos elijo:
tus ojos claros, como aquél que dijo.*

Jorge de la Luz



Doménico Veneciano. *Retrato de una joven.*

MUTACIONES (I)

*Allí donde la luz es sólo un eco
que recorre raíces hacia el sur
rumbo al fondo
hacia la tierra prometida*

*allí donde la carne torna al polvo
mi carne apenas
y tu carne generosa
aún fraterna la sangre
aún vibrante el nervio
y tensa
todavía nuestra arcilla
templada
en la fragua de los siglos*

*allí la luz se consume en sombra oscura
apenas huella detenida
en las márgenes del día
apenas rastro de lumbre
en su ribera*

Juan María Fortunato

LA LLAVE DE TOLEDO, Sefarad

Sefarad, tú que eres vieja, dime: ¿es verdad o es mentira eso de la llave de Toledo?

Triste año aquél en que se descubrió un Mundo Nuevo y tanto se endureció tu corazón. Muchas puertas se cerraron, lo sabes, de aquellos tus hijos arrojados a la ventura. Puertas con sus llaves, unas entregadas, ocultas otras en el pobre equipaje de quien deja todo atrás. Y de ellas, ¿cuántas sobreviven?

Aquellos que no gustan de la jugosa realidad, y no aman la vida hasta que muere y la disecan, y la clasifican y le asignan etiqueta, aquellos que no conocen de la Aventura del Espíritu sino tristes fragmentos encolados, han alzado sus voces y dicen que no, que la llave de Toledo es sólo poética y falsa invención, que la llave que vi sujeta por temblorosa mano en un crepúsculo de Jerusalén, poblado su metal con centelleos ignorados, no es tal llave, sino mentira y tópico, como la navaja en la liga y el bandido enamorado.

Pues, Sefarad, no lo creo. Aunque de las llaves de hierro y forja pocas resten, hay mentes como llaves y retornos como cerraduras.

Sefarad, tuve un sueño. Y en el sueño vi abrirse todas las arcas de Castilla, pálidos paños surgiendo; un patio con cipreses y laureles iluminado por violenta luz, muros abrazados con sus dedos leves en una calle angosta, henchidas de gente las desiertas sinagogas, un ascua sus lampadarios.

Fiesta del Sábado en barrios mortecinos, luz de velas, canciones:

*“Novia querida
ven a encontrarte con tu esposo. . .”*

Donde las altas estrellas resplandor de incendios, ay cruel Sefarad, todo se queda lejos, la vida por delante llena de peligros y palios que avanzan, y retablos dorados con el oro de América la Nueva, y nuestra casa sin nadie que la guarde, y el jazminero secándose y el laurel enfermo de ausencias, y no más arrayanes ni agua rumorosa sino sangre, sangre desatada en la noche tibia.

Y he visto a ese mi Pueblo que no es mi Pueblo, esos hijos tuyos, que no son tus hijos, asentados en puertos remotos a la orilla de los mares, en ciudades de nombre ignorado, donde te olvidaron ya, Sefarad.

Pero hay mentes como llaves, de dilatada memoria, y, desde Castilla, insistentes llaman las puertas y gruñen las aldabas con su ronca voz, cerraduras a cal y canto de España cerrada por Santiago, cerraduras de nuestros sueños y nuestras ideas, cárcel y nebulosa del espíritu.

Y retornan los recuerdos, leves e insistentes como la lluvia de primavera que esponja los baldíos, reclamando la llave, la llave que cada sefardí lleva, no en su bolsillo sino impresa en el corazón.

La llave que, cuando gire en su cerradura, habrá terminado con esa República de Hombres Encantados en que se convirtió nuestro país, páramo del espíritu, cárcel del pensamiento.

¿Y aún hay quien dude, Sefarad, si existe la Llave de Toledo?

Letizia Arbeteta



Santa María la Blanca (antigua sinagoga) a mediados del siglo XIX. Litografía de Parcerisa.

